

EL INSPECTOR AMUNDSEN EN LILLEHAMMER

Tatiana Galofre

EL INSPECTOR AMUNDSEN EN LILLEHAMMER



Primera edición: noviembre de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.
© Tatiana Galofre

ISBN: 979-13-88411-72-4
ISBN digital: 979-13-88411-73-1
Depósito legal: M-27476-2026

Editorial Adarve
c/ Luis Vives 9
28002 Madrid
info@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia y amigos:
gracias por la paciencia y el cariño
con el que me acompañan a desentrañar
el misterio de las palabras

ULLA SOLDBERG

La primera vez que Ulla Soldberg pensó en matar tenía dieciséis años. Lo hizo efectivamente un tiempo después y, a partir de entonces, la muerte la acompañó. Todo por culpa de la suerte, de la mala suerte.

Desde niña, Ulla trabajó en la pequeña granja que tenían sus padres a pocos kilómetros de Lillehammer, en el centro de Noruega. Los Soldberg cultivaban un huerto mediano y producían Brunost, ese queso fuerte, color caramelo, que se hace por esas tierras usando leche de cabra. Llevaban una vida austera marcada por el trabajo, el frío y el silencio.

Ulla y su hermano se encargaban, entre otras cosas, de ordeñar y vaciar los baldes de leche sobre las grandes pailas puestas sobre el fuego, en donde hervía por horas llenando la granja con un olor dulce y penetrante. Aquel olor, que la familia ya no sentía, acompañaba a los Soldberg a donde iban, sin importar si acababan de lavarse.

La familia vendía el queso y los productos del huerto en el mercado central de Lillehammer. Los hombres iban de madrugada una vez por semana y regresaban tarde en

la noche o al día siguiente. Esos días, Ulla les preparaba el desayuno y los ayudaba a cargar los productos en la parte trasera del camión de su padre. Cuando todo estaba listo, ellos se metían en el camión y, al alejarse, su hermano la saludaba sacando un brazo por la ventana. Ella, recostada en el marco de la puerta, respondía de la misma forma y se quedaba un rato más, a pesar del frío de la madrugada, viendo cómo las luces del camión subían y bajaban por el sendero zigzagueante hasta que, finalmente, las perdía de vista. Aquel brazo levantado de su hermano era el único gesto de afecto que recibía Ulla y la razón por la que los días de mercado se levantaba con una sensación parecida a la de la esperanza.

El padre de Ulla no regresaba a casa inmediatamente después de atender el mercado, sino que se quedaba unas noches en el pueblo. La madre de Ulla sabía que esas noches que su marido pasaba fuera, se gastaba parte de las ganancias en licor y en dormir en la casa de citas que había en el pueblo. La única vez que se atrevió a quejarse, su marido la golpeó con el puño y anduvo llena de moretones por varias semanas. A pesar de que algunos eran muy visibles, nadie habló de ello. Su hijo, mientras fue niño, se quedaba dormido en un rincón del bar o en la salita del prostíbulo. Volvía a la casa y no se atrevía a mirar a su madre, sin entender bien por qué.

Cuando el hermano de Ulla cumplió quince años, su padre lo miró mientras tomaban la colada del desayuno y dijo: «Ya es hora de que te vuelvas hombre, hoy tú también vas a subir a un cuarto». La madre fingió no haber

oído, pero la cara congestionaba la delató y Ulla se dio cuenta en silencio. Salieron hacia el mercado y aquella vez no regresaron ni siquiera la noche siguiente. Al tercer día de haber salido, el camión regresó. Ulla y su madre oyeron a lo lejos el ronquido del motor y salieron a la puerta.

Soldberg venía solo. Se bajó y caminó hacia ellas tambaleante. Olía a licor y a sudor ácido. Tenía el aspecto de una fiera asustada. El viejo Soldberg tenía los ojos enrojecidos y vidriosos. Ellas se quedaron en la puerta mirándolo y la madre, tímidamente, preguntó por su hijo. Por toda respuesta, con la cara contraída y mirando al piso, solo dijo: «accidente». La madre emitió un ruido extraño. El gemido de alguien que siente un dolor hondo, pero no tiene ya aliento. Ulla se quedó rígida y se sintió, por primera vez, afuera de sí misma, observando sin sentir.

La madre de Ulla nunca se recuperó. Aunque a las pocas semanas estaba nuevamente trabajando, tenía una mirada extraña y casi no comía. Llegó el invierno y todo se cubrió de una nieve espesa. Una mañana, Ulla se levantó muerta de frío. La puerta de la casa estaba abierta. Cuando se acercó para cerrarla, vio que la ropa de su madre estaba en el piso, una prenda detrás de la otra. Por último, Ulla vio los pequeños botines de su madre: Las huellas tenues de unos pies iban hasta el granero. Ulla las siguió corriendo y llorando. Al llegar a la parte de atrás la encontró. Su cuerpo estaba congelado. La piel esaba llena de manchas violetas y marrones.

Ulla tuvo poco tiempo para asimilar la tragedia. El día del entierro, el padre se acercó a ella y le dijo: «en adelan-

te, me acompañarás al mercado». Sin que tuviera consciencia de ello, pasó el tiempo y Ulla se convirtió en una muchacha alta de ojos grandes y atentos que observaban a su padre con intensidad. No podía dejar de mirarle las manos, curtidas e incansables tanto para trabajar como para golpear.

Un día de aquellos, llegaron a vender sus productos a la plaza central de Lillehammer y montaron la tienda de tela en su puesto habitual de venta. Apenas estuvieron listos, se acercó Torvald, el administrador del hotel Glomstad, un pequeño hotel de lujo que quedaba en una de las altas montañas que cercaban Lillehammer. Torvald los saludó con amabilidad exagerada, mirando a Ulla. Revisó los productos, elogió el queso y señaló lo que se llevaría, una cantidad considerable, e, inmediatamente y sin mirar a Ulla, le preguntó a Soldberg si su hija sabía lavar. El hotel necesitaba una lavandera y la paga era buena, explicó. Hasta podía ofrecerle un cuarto junto a la cocina, añadió golpeándose una mano con el fajo de billetes que sostenía en la otra.

Una semana después, Ulla cruzaba el lago que separaba Lillehammer de la montaña en donde estaba el hotel Glomstad. La mañana era helada y el aire tenía el brillo cortante de los días despejados. El cielo gris se reflejaba en el agua, dándole un tono plomizo. Desde el ferry, Ulla intentó ver las orillas norte y sur del lago, pero estaban demasiado lejos. Al desembarcar en el muelle del Glomstad, siguió las instrucciones: subir por los escalones de piedra que serpenteaban entre los pinos hasta la entrada

del hotel, una construcción de dos pisos, con grandes ventanales mirando hacia el lago. Al llegar debía pedir que avisaran inmediatamente a Torvald para que este la atendiera en persona.

Esa primera noche Ulla no logró dormir. Primero fue el golpe del viento contra los árboles. Luego, un sonido suave en la puerta: un golpe, otro, y un tercero, más insistente. Cuando abrió, vio a Torvald en el umbral. Esa fue la primera noche de muchas. Ulla se acostumbró a aquella dominación, a morder el pañuelo que él le metía en la boca mientras se tiraba sobre su espalda, a seguir sufriendo en silencio.

Pasaron los años hasta que por su edad, Torvald dejó de trabajar en el Glomstad. El día que se fue, le hicieron una gran despedida con palabras de agradecimiento, champaña y pasabocas. Ulla seguía allí, viviendo en una de las cabañas para empleados que quedaban escondidas en el bosque vecino. Seguía siendo atractiva, aunque hacía todo por evitarlo. Tenía un hijo que estudiaba en Oslo. Se encargaba de limpiar las habitaciones del hotel y lo hacía de manera metódica. Cada vez que terminaba una jornada, miraba el lago desde la ventana y pensaba que la mala suerte nunca se va del todo; solo cambia de forma.

AHMED BOUCHIKI

El aire del puerto olía a sal, a metal corroído y pescado viejo. Ahmed se detuvo frente a la pasarela del barco de bandera noruega. Llevaba apretado entre las manos el paquete que su madre le había dado esa madrugada. Todavía estaba tibio y del papel se escapaba un aroma leve a pan tibio y a perejil. El sol caía vertical y violento sobre los muelles. El sudor le humedecía la espalda y los sobacos. Se acercó a la pasarela por donde se subía al barco y, a punto de montarse en ella, sintió que Fátima, su madre, lo llamaba. Era imposible, ella se había quedado en su casa de Chauen. Sintió miedo, pero se subió al barco.

A su alrededor, varios hombres corpulentos de aspecto nórdico gritaban órdenes en un idioma incomprensible. Ahmed, a diferencia de aquellos marineros, era delgado, trigueño y tenía el pelo negro con rizos amplios y brillantes. Además, aunque sencillamente, vestía bien, se notaba que sabía de oficios distintos. Desde la baranda del barco miró hacia Rabat. El calor la deformaba, ondulando las calles y los techos. Vivió allí desde que huyó de su casa de Chauen y de eso hacía solo unos cuantos meses.

Cerró los ojos y pensó en ella, en Chauen, en su casa al final del callejón en donde jugaba con sus hermanos. Allí las paredes exteriores de las casas eran azules y a cierta hora, teñían de ese color el reflejo de la luz. Ahmed sonrió recordando cómo jugaba de niño a que nadaba en ese aire que parecía una corriente de agua etérea. El barco se sacudió con un golpe de las olas y le obligó a abrir los ojos. Poco a poco el puerto empezó a hacerse pequeño. Ahmed respiró hondo. No supo si lo que sentía ahora, además de miedo, era culpa o alivio.

Entonces pensó en su padre; sintió el humo dulce del tabaco negro que fumaba todas las tardes sentado en la puerta de su tienda de abarrotes. Llevaba un año de muerto y el clan familiar le había impuesto a su madre un nuevo marido. Todo había cambiado desde entonces. La paz de la casa se había transformado en tensión y en donde antes todo era dulzura y buen trato, ahora había llegado la violencia. Por eso él, que jamás se había imaginado fuera de Marruecos, ahora emigraba.

La noche que selló su salida de Chauen, Ahmed había regresado a su casa contento porque sabía que Alí, su padrastro, estaría fuera del pueblo un par de días. La casa olía a garbanzos cocidos y a aceite caliente. Apenas cruzó el umbral, Ahmed siguió aquel olor hasta la cocina, en donde encontró a su madre picando pequeños cubos de pepino y tomate para la ensalada. Ella también estaba contenta. Ahmed se lavó las manos y le ofreció ayuda. Hablaron con soltura, rieron después de mucho tiempo de no hacerlo.

Estaban listos para sentarse a comer cuando sintieron un portazo. Alí había vuelto antes de lo previsto. Sintieron sus pasos pesados y se quedaron en vilo hasta que apareció en la puerta de la cocina. Alí, cubierto de polvo, los observó. Notó la expresión asustada de Ahmed y el disgusto inocultable en la cara de Fátima.

La resistencia de su mujer hacia él no había cedido a pesar de que llevaban varios meses de casados. Él, que al principio lo esperaba y la entendía, había acumulado un resentimiento violento que lo encontraba escape. Hasta aquella noche.

Los saludó mirándolos severamente, pero con gestos de amabilidad exagerados y, con una calma que no parecía natural, caminó hasta la mesa en donde estaba puesta la comida recién servida. Destapó la fuente de garbanzos humeantes, hundió dos dedos sucios y se los chupó.

«Demasiada sal —gruñó, mirando a su mujer con irritación. Luego empujó la fuente hasta el borde. Ahmed y su madre lo miraban perplejos. Empujó tanto la vasija que esta calló y se rompió al estrellarse contra el suelo, desparramando los garbanzos por la cocina—. Recógelos».

Fátima se agachó sin mirarlo. Ahmed sintió que la cara y el cuello se le ponían muy calientes y, enrojecido, la tomó del brazo, deteniéndola.

Alí, que era corpulento y le sacaba una cabeza a Ahmed, lo miró con sorna al tiempo que, con un movimiento veloz y violento, la empujaba ella a un lado y prendía el cuello de Ahmed con su manaza.

Entonces vinieron los golpes. Primero, sobre Ahmed a quien estrelló contra la mesa de la cocina mientras su

madre gritaba horrorizada. Luego, mientras Ahmed estaba tirado en el piso, sobre Fátima. Ahmed la oyó quejarse quedamente, pero no pudo levantarse a defenderla.

Al siguiente día, Fátima envió un mensaje a un pariente de Rabat pidiéndole que recibiera a Ahmed y le consiguiera trabajo. Apenas llegó la contestación, organizó la huida de su hijo.

Ahora fue el golpe de una cadena metálica lo que devolvió a Ahmed a la realidad. Ya casi no se veía Rabat. Mediante señas le indicaron que bajara al camarote. Adentro había mucho ruido por el motor que rugía bajo la cubierta.

Ahmed empezaría su trabajo de auxiliar de limpieza la madrugada siguiente. Desembarcaría en Oslo y desde allí tomaría un bus hacia Lillehammer. Llevaba todo escrito en un papel. Tenía permiso para ir a trabajar en el café de Gustav, un noruego que había regresado a su tierra, después de haber vivido años en Marruecos. Había sido gran amigo del pariente que lo había recibido en Rabat y, gracias a ello, Gustav había aceptado recibirlo para trabajar con él en su pueblo, Lillehammer.

Cuando, varios metros abajo, entró en su camarote, lo golpeó el olor a óxido y a humedad. Viajaría con un compañero de cuarto que había llegado más temprano y dormía roncando de manera fuerte en la litera de abajo. Ahmed subió a su cama despacio, tratando de no hacer ruido, y puso el paquete que le había dado su madre junto a la almohada. Se recostó mirando al techo y sacó del bolsillo de su pantalón una piedra envuelta en un pañue-

lo. La había tomado de la tumba de su padre. Se durmió apretándola contra el pecho.